

El valor de educar

Fernando Sancén Contreras*

Savater, Fernando. *El valor de educar*, México, IEESA, 1997, 244 pp.

Libro de Fernando Savater, pequeño en tamaño y en extensión, el que publica el Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América. El tema y las reflexiones, sin embargo, son extensos, como lo es *la educación* vista como valor desde la perspectiva del filósofo y del profesor universitario; valor por su reconocimiento social, pero también como acto de coraje.

El libro está dividido en seis capítulos: 1. El aprendizaje humano, 2. Los contenidos de la enseñanza, 3. El eclipse de la familia, 4. La disciplina de la libertad, 5. ¿Hacia una humanidad sin humanidades? y 6. Educares universalizar. Todos ellos están enmarcados por una carta a *la maestra* y una carta a *la ministra* (de educación), en las que con soltura y gracejo introduce y concluye, respectivamente, los temas a tratar. Al final incluye un breve, pero variado y útil florilegio de textos de diversos autores sobre la educación.

Esta obra de Savater no es un texto sistemático, sino un conjunto de reflexiones. En

amena charla, el filósofo va presentando sus posiciones fundamentadas con citas de pedagogos y pensadores, dejando de lado la erudición para facilitar la reflexión e invitar a la discusión.

A lo largo del libro desarrolla su tesis principal: *la educación es un acto social* que involucra al individuo ya la comunidad a la que pertenece: familia, escuela, país, etc. Como acto social que es, la educación plantea el problema básico de la libertad. Savater sostiene con firmeza que lo que transmite la educación es lo que se piensa acerca de la realidad, y no la realidad misma; que la educación exige decisión y claridad sobre lo que se transmite; que se sirve del temor y la coacción sobre el educando, aunque matiza magistralmente la coexistencia de coacción y libertad, de temor y de alegre aceptación. Para Savater, *el valor de la educación* consiste en permitir que el individuo llegue a ser plenamente humano mediante la aceptación libre de los valores que reconoce la sociedad como los mejores, pero no definitivos ni acabados.

Desde una perspectiva filosófica, sostiene que la educación es el arte de llegar a ser

* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

humano, porque a diferencia de los demás seres, el hombre nace humano, pero "sólo llegamos plenamente a serlo cuando los demás nos contagian su humanidad a propósito [...] y con nuestra complicidad. La condición humana es en parte espontaneidad natural pero también deliberación artificial: llegar a ser humano del todo—sea humano bueno o humano malo— es siempre una/te" (p. 27) que no tiene rasgos de imposición antinatural, porque "antes de ser educado no hay en el niño una personalidad propia que la enseñanza avasalle sino sólo una serie de disposiciones genéricas fruto del azar biológico".

De esta forma, a la gestación uterina se añade en el hombre "... la matriz social en que se cría, sometido a variadísimas determinaciones simbólicas—el lenguaje la primera de todas— y a usos rituales y técnicas propios de su cultura" (p. 29).

Savater se ubica en la rica tradición que pone al simbolismo como eje de toda acción humana. Para él, el aprendizaje es un comercio intersubjetivo en el que aprendemos *significados*, más que cosas o sucesos naturales: "... lo más humano de todo es comprender que, si bien lo que sea la realidad no depende de nosotros, lo que la realidad significa sí resulta competencia, problema y en cierta medida opción nuestra. Y por 'significado' no hay que entender una cualidad misteriosa de las cosas en sí mismas sino la forma mental que les damos los humanos para relacionarnos unos con otros por medio de ellas" (p. 36). Estos significados sólo los podemos aprender de nuestros semejantes, lo que hace que la educación es un acto social por el que no sólo aprendemos a pensar, sino también *apensar sobre lo que*

se piensa. Supone, además, que quienes nos anteceden poseen el conocimiento de las cosas y que reconocemos nuestra ignorancia.

Lo anterior lo lleva a señalar que el primer objetivo de la enseñanza consiste en hacernos conscientes de la *realidad* de nuestros semejantes, quienes son *sujetos*, es decir, protagonistas de su propia vida: "Antes que nada, Ja educación es la revelación de los demás, de la condición humana como un concierto de complicidades irremediables" (p.40).

Acerca del contenido de la enseñanza, nuestro autor afirma que debe construirse sobre la certeza de que cada ser humano no es único y que no somos iniciadores de nuestro linaje, es decir, ni de la *sociedad*, ni del *tiempo*, que permanecen ajenos a nosotros. En seguida, el contenido de la enseñanza debe favorecer la *formación de la personalidad* de cada individuo para que sea capaz de pensar, de tomar decisiones, de buscar la información relevante que necesita, de relacionarse positivamente con los demás y de cooperar con ellos.

Por eso, tanto la familia como el maestro deberán ocuparse de enseñar a aprender a cada joven. "La capacidad de aprender está hecha de muchas preguntas y de algunas respuestas; de búsquedas personales y no de hallazgos institucionalmente decretados; de crítica y puesta en cuestión en lugar de obediencia satisfecha con lo comúnmente establecido. En una palabra, de *actividad* permanente del alumno y nunca de aceptación pasiva de los conocimientos ya deglutidos por el maestro que éste deposita en la cabeza obsecuente" (p. 55).

Ante el problema que significa el hecho de que la familia ha ido dejando su papel protagónico en la educación, propone que el jefe de familia deje de asumir posiciones de inexperiencia juvenil y se resigne a ser autoridad. Ésta servirá para ayudara crecer a sus miembros jóvenes en un ámbito de aceptación afectiva: "Si los padres no ayudan a ios hijos con su autoridad amorosa a crecer y prepararse para ser adultos, serán las instituciones públicas las que se vean obligadas a imponerles el principio de realidad, no con afecto sino por la fuerza" (p. 71).

En contra de corrientes pedagógicas que privilegian la libertad sin límite alguno del educando, acepta al *miedo* como un elemento positivo. Considera que *el miedo* es la "primera reacción que produce contemplar de frente el rostro de nuestra finitud" (p. 72). La educación ha de enseñar a "respetar por alegre interés vital lo que comenzamos respetando por una u otra forma de temor" (p. 73), porque nunca aprenderemos a liberarnos del miedo si nunca hemos aprendido a razonar a partir de ese temor" (p.73).

Para él, la televisión es un medio de comunicación que educa demasiado y con fuerza irresistible desmitifica y disipa las nieblas de la ignorancia infantil. En eso consiste su peligro a la vez que su utilidad. La TV no sólo modifica a la familia, sino que complica la tarea de la escuela. Ahora, ante la fuerza desmitificadora e informativa de la TV, "el maestro tiene que ayudar [a los niños] a organizar esa información, combatirla en parte y brindarles herramientas cognoscitivas para hacerla provechosa [...] sin convertirse él mismo en un nuevo sugestionador ni pedir otra adhesión que la de unas inteligencias en vías de formación responsable hacia su autonomía.

Empresa titánica [...] remunerada con sueldo bajo y escaso prestigio social" (p. 81).

Respecto a cuestiones como *la ética, la religión, el sexo, las drogas y la violencia que hacen evidente el eclipse educativo de la familia*, propone el estudio y análisis de estas cuestiones en la escuela. Conviene enfrentar tales tópicos de manera racional y crítica, favoreciendo el crecimiento de la condición humana en cada individuo, su anhelo básico de *vivir más y mejor*, mediante el ejercicio de la libertad.

Uno de los momentos más excitantes del libro lo logra Savater cuando plantea el dilema en el que se encuentra la educación entre *la libertad y la coacción*: "Tenemos derecho a imponerles [a los niños] la disciplina sin la cual desde luego no aprenderían la mayoría de las cosas que consideramos imprescindible que lleguen a saber?" (p. 98) porque la educación responde antes a los intereses de los educadores que a los de los educandos. Para nuestro autor, la educación es una "inevitable tiranía" de la que sólo podemos librarnos a través de la educación misma.

Pero si el objetivo de la enseñanza es conseguir individuos libres, ¿cómo admitir que se llega a ser libre y autónomo por la vía inevitable de la coacción, de la obediencia?

En la misma dirección en que se sitúa Hegel cuando sostiene que "ser libre no es nada, devenir libre lo es todo", afirma que "... la libertad no es una priorionológico [...] sino un logro de nuestra integración social [...] no es ausencia original de condicionamientos [...] sino la conquista de una autonomía simbólica por medio del aprendizaje" (p. 102). En este contexto la disciplina es vista como una

interacción del individuo con los poderes sociales vigentes; su resultado, el aprendizaje, nunca es simple ni mucho menos neutral.

Más adelante aborda el problema de la desaparición "en los planes de estudio de las humanidades, sustituidas por especialidades técnicas que mutilarán a las generaciones futuras de la visión histórica, literaria y filosófica imprescindible para el cabal desarrollo de la plena humanidad" (p. 123).

Presenta un replanteamiento de la cuestión, a partir del hecho de que la separación entre ciencias y humanidades es reciente (finales del siglo XIX) y ficticia. De hecho, tanto las disciplinas científicas como las humanísticas son útiles para la formación del individuo porque "¡ser hombre o mujer en el mundo moderno no es cosa fácil: nadie puede ir ligero de equipaje!" (p. 127).

Plantea lo que debe entenderse por una educación humanista, a la que sitúa al margen de la *pedantería* pedagógica, mal generalizado en la educación que "exalta el conocimiento propio por encima de la necesidad docente de comunicarlo, prefiere los ademanes intimidatorios de la sabiduría a la humildad paciente y gradual que la transmite, se centra puntillosamente en las formalidades académicas [...] mientras menosprecia la estimulación cordial de los tanteos a veces desordenados del neófito" (p. 132): una *educación humanista*, al margen del falso problema de horas y contenidos de las diversas disciplinas necesarias para la vida, consiste en "fomentar e ilustrar el uso de la razón, esa capacidad que observa, abstrae, deduce, argumenta y concluye lógicamente" (p. 145), que induce al alumno a

respetar su mente y confiar en sí mismo para participar en el proceso de la evolución humana que está lejos de haber terminado. Consiste también en fomentar las "pasiones intelectuales" que brotan de abajo y no se limitan ni a las ciencias ni a las letras, porque esta dicotomía es lo menos humanista que se pueda imaginar.

La crisis de las humanidades la ve desde el concepto posmoderno de *verdad*, que ha sido relativizado. En efecto, para Savater no hay educación si no hay verdad que transmitir, esa verdad que vuela y se sostiene entre las dudas, como la paloma de Kant que vuela en el aire, que le ofrece resistencia pero a la vez la sostiene. Por ello, "aprender a discutir, a refutar y a justificar lo que se piensa es parte irrenunciable de cualquier educación que aspire al título de 'humanista'" (p. 149). Insiste también en la dimensión *narrativa* de la educación humanista para no perder ni minimizar la dimensión histórica del conocimiento ni de quienes lo exploraron antes que nosotros.

Desde una perspectiva práctica, sostiene que el proceso de enseñanza tiene implícito un ideal de vida que está encajado en un proyecto de sociedad también implícito. Cita a Durkheim: "El hombre que la educación debe plasmar dentro de nosotros no es el hombre tal como la naturaleza lo ha creado, sino tal como la sociedad quiere que sea; y lo quiere tal como lo requiere su economía interna" (p. 156). Con esto acepta la dimensión conservadora de la educación. Ésta, sin embargo, no se agota en el pedestal conservador porque todo aprendizaje se ve desbordado por su dimensión simbólica, en el que ubica el deseo de ser lo que no se es, y el proyecto de nuestra identidad.

Pero, por otra parte, la sociedad, y consecuentemente el ideal que transmite de sí misma a través de la educación, nunca es un todo fijo y acabado y mucho menos neutral, porque elige, verifica, presupone, convence, elogia y descarta: "Intenta favorecer un tipo de hombre frente a otros, un modelo de ciudadanía, de disposición laboral, demaduración psicológica y hasta de salud, que no es el único posible pero que se considera preferible a los demás" (p. 162).

En tal dirección, el ideal básico para la educación es la *universalidad democrática*. Para Savater, universalidad significa "poner al ser humano por encima de sus modismos; valorarlo en su conjunto antes de comenzar a resaltar sus peculiaridades locales; y sobre todo no excluir a nadie a priori del proceso educativo que lo potencia y desarrolla" (p. 164). Esto hace que la universalidad no pueda verse como patrimonio exclusivo de ninguna cultura.

El carácter democrático de la educación involucra decisión para educar de acuerdo a

una forma de organización política bien definida: la democracia. La escuela puede fomentar el "aprecio racional por aquellos valores que permiten convivir juntos a los que son gozosamente diversos" (p. 177), lo cual implica cierta neutralidad relativa para analizar, debatir, pero también supone posiciones firmes en contra de prácticas de tortura, racismo, terrorismo, pena de muerte, impunidad, etc., y otras en favor de la salud, la educación, la vejez, la infancia, etc. ¿Por qué?, se pregunta. Porque se trata de "*logros de la civilización humanizadora* a los que ya no se puede renunciar sin incurrir en concepción a la barbarie" (p. 178).

El individuo y la sociedad, los valores de uno y otra, son los ejes por los que Savater transita a lo largo de su libro para fundamentar el valor del individuo como ser que se hace a sí mismo mediante el ejercicio de su libertad, y que al hacerse forma —crea— sociedades proyectadas sobre el devenir del sujeto mismo y de su sociedad. Su lectura estimulará seguramente la reflexión profunda y la discusión fructífera de maestros, padres y estudiantes.